

PARA SIEMPRE:

Abrí las puertas dobles y a paso firme me dirigí hacia la barra. El piano amenizaba la fría y oscura noche que nos quedaba por delante, y acompañado de la voz de aquella mujer, que convertía el jazz en un nuevo estilo de vida, disfrutaba del gran ambiente que el “Balazz” tenía. El clásico vestido dorado de lentejuelas caía por la superficie de mi piel dejando al descubierto un atrevido escote y media pierna. Protegiendo cada una de mis curvas y manteniendo una esbelta versión de mi cuerpo frente a las miradas de envidia y asombro de la gente, contoneé las caderas mientras baja las escaleras. Unos delicados pero extravagantes tacones de aguja me mantenían en pie, estilizaban mi figura y me hacía crecer en altura y seguridad. Me ajusté los guantes negros a la altura del codo y paré delante del barman. Le dediqué una amable sonrisa y apoyé los antebrazos sobre la barra. Cuando el tintineo de mis joyas cesó, pude escuchar la voz del joven al otro lado de la tabla de madera.

-¿Que desea?- Preguntó con tono amable.

-Quiero un “Bloody Mary” - contesté mientras guiñaba un ojo. Unos de los cócteles más típicos de esa década sería mi acompañante en aquella noche en el club.

Miré al frente para ver mi imagen reflejada en el espejo. Me corregí el labial y me ahuequé el cabello, de fondo un gran ambiente me arropaba. La gente bailaba y disfrutaba de la música, parecían estar pasándose de miedo y me apetecía que

me enseñaran a cómo hacerlo. La realidad es que no había estado nunca en un club desde que me casé y pensé que ya que no estaba desposada podría darme el capricho de disfrutar mi primera y última noche libre, la disfrutaría como solía, como en mis primeros veinte. Cuando no le debía explicaciones ni respeto a nadie salvo a mí misma. Bailaba como una mujer joven, bebía como una delicada señorita, y coqueteaba con la experiencia de una fabulosa mujer, y aunque fuera por un par de horas me prometí ser la mujercita que siempre quise ser y no la que otros preferían para mí. Así que cogí mi cóctel me giré y con la espalda apoyada en la barra comencé a recordar lo que había pasado un par de horas antes.

Como no lo lamenté ni un poco y de que manera a sangre fría me vestí con mi mejor gala de noche, me pinté los labios del rojo más potente que encontré, perfeccioné mis cejas y dibujé un lunar sobre mi labio. El olor de la laca, el brillo de mis joyas y el tacón de mis zapatos cuando desfilaba por el pasillo hacia la sala de estar complacían mis sentidos por probablemente primera vez en mucho tiempo. Apliqué base en mis moretones y curé mis heridas frescas.

Para cuando salí de mi ensimismamiento ya habían cambiado de cantante y ahora un dulce saxofón acariciaba cada uno de mis pelos de punta. Y al son del ritmo bajé las tres escaleras que separaban la barra de la pista. Mientras que todo el mundo bailaba con su acompañante yo cantaba por lo bajo y movía los pies. Me sentía libre, movía las caderas y dejaba que la sangre fluyera despreocupadamente por mis brazos. Crucé miradas con tanta gente que no conocí nunca, y que jamás recordaré que me hacía hasta gracia. Esa gente

despreocupada compartiendo sonrisas tan sinceras a personas que no volverían a ver nunca... Tanta gente disfrutando sin preocuparse de saber con quién compartían habitación. Eso era lo que más me gustaba de los clubs nocturnos. Ver cómo las apariencias podían engañar en un instante, como tras una sonrisa podías esconder cualquier tormenta interna. Como todos nos conectábamos y sincronizábamos al bailar, e incluso al chasquear los dedos. Como tras la primera bebida venían todas seguidas. Encontrar confidente por una noche hasta que dejarás de recordar y de pensar de manera cuerda.

Me había prometido que no iba a disfrutar ninguna noche más que esa, y no porque no quisiese mantenerme despierta en las noches de libertad, sino por la ausencia de estas. Allí donde iba difícilmente volvería a reír. No volvería a sentir esa incertidumbre de con quien me levantaría a la mañana siguiente y aunque fuera verdad que hacía mucho que no pasaba, siendo franca lo echaba mucho de menos. Perder tu juventud junto a alguien que te la roba es lo peor que puedes hacer.

En mi caso alguien que después de cada bofetón te dedicaba un te quiero y una falsa promesa de abstinencia para la próxima vez. Alguien a quien tú no podías elegir y a quien pertenecerías "para siempre". Si hablabas con cualquier persona no podías esperar otra contestación que no fuera "algo habrás hecho" o la habitual "esas peleas las tiene todos los matrimonios al empezar", me sorprendía como la gente normaliza el hecho de que una persona que estaba allí para amarte "para siempre" te castigara de maneras tan brutales. Tener que dejar el trabajo porque una persona no quiere que salgas de casa es tóxico. Tener que

dejar de salir con tus amigas porque no confía en ti, es tóxico. No sentirte tranquila ni en tu casa porque no sabes si despertarás la mañana siguiente, es tóxico. Pero que encima todo ese miedo sea causado por la persona que te amará y acompañará “para siempre” es lo peor que te puede pasar.

Aunque ahora yo no podía pensar de aquella manera. Debía soltarme del lastre que me llevaba atormentando un lustro y rechazar mis miedos. Bailar como siempre me habría gustado, cantar como nunca pude, beber como no debería, ligar como siempre hacía y disfrutar como nunca más podría. La libertad es la mejor en acariciarte y aunque no me pudiera aferrar a ella para siempre no le negaría un baile a una vieja conocida. Hasta los cuadros bailaban al unísono. No sé cómo serían otras noches en el “Balazz” pero esta estaba siendo mágica. Ni una persona podía resistirse a la melodía y parecía que los sillones estaban de más. La gente se apelotonaba en la puerta, no para poder entrar si no para poder bailar a su aire. Esa gente sería la primera en ver a mi antiguo y nuevo cautivador pasar unos minutos juntos. Puede que uno de los dos no estuviera consciente pero el otro sabía perfectamente a por quien venía. A por mí.

A por la que no le quedaba ni un solo remordimiento. La que solo se permitió rodar una lágrima por la mejilla, barriendo todo el maquillaje que había a su paso. Con mi risa más real acompañé a la sirena policial hacia los oídos de la gente que ya por ese momento se empezaba a preocupar. Había algunos que para cuando llegó la policía ya no estaban. Nunca sabré si es porque podían tener alguna causa pendiente con la justicia pero tiempo no me faltaría para

imaginarme miles de historias con variantes completamente distintas la una de la anterior.

Las puertas dobles volvieron a abrirse para distinguir dos hombres de uniforme. El que más rudo y forzado parecía se hizo hueco entre la multitud. Mientras el de apariencia más débil habló con el barman para más tarde apuntar hacia mi procedencia. Sin yo saber cómo se dirigieron ambos hacia mí con paso amenazante. Me digné a quitarme los guantes y sin perder las formas esperé a que llegaran a mi lado. Sin dudarlo el hombre robusto sacó las esposas y comenzó a entonar algo parecido a una ley, algo que se tenía que aprender sin saber muy bien porque ni para que.

-Queda usted detenida por homicidio. No en calidad de sospechosa si no de presunta asesina. Tiene derecho a permanecer en silencio o todo lo que diga será usado en su contra...-Lo típico de las películas de Hollywood pero ahora en la vida real.

No me dio tiempo a despedirme del grupo de desconocidos que me acompañó en aquella maravillosa noche. Pero si de él, del único del que no me despediría jamás en buenas formas. Se hallaba allí, dentro de una bolsa de plástico blanco al lado de la ambulancia.

Sentada ya sobre el cuero comencé a recordar lo que me había llevado hasta esta situación.

Como apreté el gatillo y todos mis miedos desaparecieron de golpe. Todavía con las manos descubiertas dejé la Revólver en la mesa de té, cerca de él. Lo miré por última vez, y posé la nota que siempre había querido escribir. "Siempre te quise como me gustaría que me hubieras amado a mí, y por eso creo que te mereces el final que tú me habrías dado a mí. Ahora vuelvo donde alguna vez me sentí a salvo, y desde el "Balazz" te deseo una tranquila eternidad. Besos Luna"

Llevaba aguantando la misma tortura cinco años y ahora creo que me merezco un descanso para siempre.